

---

## La autobiografía femenina, ¿un género diferente?

Nara Araújo

Una aproximación al estudio de la autobiografía escrita por mujeres requiere transitar por caminos ya recorridos por la crítica. Como afirma Julia Watson, es un *topos* comenzar las discusiones sobre teoría de la autobiografía ensayando las posiciones cambiantes asumidas durante las tres últimas décadas.<sup>1</sup> Para poder llegar a los textos de la propia Watson, Domna Stanton o Sidonie Smith, algunas de las autoras que han intentado una teorización sobre la autobiografía de mujeres, es necesario establecer el canon en relación con el cual ellas articulan sus propuestas.

La revisión de una bibliografía representativa<sup>2</sup> permite arribar a ciertas conclusiones. El perfil de la autobiografía, como texto en el cual el sujeto y su vida se colocan en el centro de un relato, está asociado con el desarrollo de una conciencia burguesa, marcada por el individualismo de la época de apogeo capitalista (Revolución Industrial, Revolución francesa, romanticismo). También, por el concepto desarrollado en el siglo XIX del *self-made man* y la darwinista demostración del triunfo del más apto. No es entonces un azar que

---

<sup>1</sup> Ver Julia Warson, "Toward an Anti-Metaphysics of Autobiography", en Robert Folkenflik (comp.), *The Culture of Autobiography. Construction of Self-Representation*, Stanford Univ. Press, Stanford, 1993, pp. 57-79.

<sup>2</sup> Esta bibliografía es extensa pero sólo citaré algunos de los textos representativos, de acuerdo con el orden en que los menciono: Robert Folkenflik, "Introduction: The Institution of Autobiography", en *The Culture of Autobiography. Construction of Self-Representation, op. cit.*, pp. 1-20; Paul De Man, "Autobiography as De-facement", en *The Rhetoric of Romanticism*, Columbia Univ. Press, Nueva York, 1984, pp. 67-81; William Spengemann, *The Forms of Autobiography, Episodes in the History of a Literary Genre*, Yale University Press, New Haven, 1980.

el primer término para designar, en el siglo XVIII, una retrospectiva personal, haya sido *self-biography* y que en el Gran Diccionario Universal Larousse de 1886, se le considere un género inglés (Foltenflik, 1993:5).

A finales de ese mismo siglo comienza a circular, sobre todo en Inglaterra y Alemania, el término autobiografía, que perdura hasta nuestros días. De etimología griega, no tiene su génesis en la Grecia antigua pues entonces las historias de vida estaban asociadas menos a una elección literaria y más a circunstancias contingentes: autopropaganda comercial o respuesta apologética a acusaciones civiles o criminales.<sup>3</sup>

Subsidiario de la biografía, el texto autobiográfico comenzó siendo considerado extraliterario y su colocación fuera del canon, desde sus orígenes hasta nuestros días, tiene quizás relación con las dificultades que su escritura le ha planteado a la crítica y la institución literarias. Para algunos, la autobiografía es ejemplo de la contribución civilizadora de Occidente a través de las vidas de aquellos que, conscientes de su singularidad y grandeza, contribuyen al establecimiento definitivo de la autobiografía como género literario. Para otros, no se trata de un género literario, sino de una figura de la lectura o de comprensión que ocurre, hasta cierto grado, en todos los textos (De Man, 1984:70).

Estas posiciones polares son ejemplo de la diversidad de criterios que la autobiografía ha suscitado. Es lugar común afirmar su carácter altamente problemático y la indefinición y flexibilidad de sus límites genéricos, que permiten pueda ser considerado autobiografía aquel texto que en su diseño cumple con esa expectativa y una novela como *La letra escarlata* (Spengeman, 1980:XVI). Ignorada por la Nueva Crítica, que privilegió al poema como la forma más imaginativa, la autobiografía fue ganando el interés de una teoría cada vez más interesada en los modelos lingüísticos y en los problemas de enunciación, enunciado y textualidad.

---

<sup>3</sup> Ver Elizabeth Bruss, "L'autobiographie considérée comme acte littéraire", *Poétique* núm. 17, 1994, pp. 14-26. Este texto, de gran importancia, fue publicado por primera vez en 1974.

La crisis de la metafísica del sujeto, la puesta en duda de conceptos como identidad y representación, el descentramiento y fragmentación del sujeto unitario, problemas centrales en el debate teórico de las tres últimas décadas, marcado por el postestructuralismo y el clima cuestionador de la postmodernidad, han incentivado la discusión sobre la autobiografía, que empezó siendo la articulación de una historia "verdadera" del sujeto sobre sí mismo. La propia etimología de la palabra contiene tópicos de actualidad: *auto*/construcción, *bio*/referente, *grafía*/texto; y en ella convergen variantes interpretativas de acuerdo con la zona que se privilegie: *auto*/psicoanalítica, *bio*/positivista, *grafía*/postestructuralista.

Momento significativo en la evolución de la crítica sobre autobiografía es la obra de Philippe Lejeune, que a principios de la década del 70 intenta primero historizar la práctica autobiográfica en Francia; y segundo, proponer un modelo teórico para definirla.<sup>4</sup> Este modelo se construye sobre la base de una relación contractual con el lector y de una concepción (permeada de postestructuralismo) sobre las limitaciones de la referencia y la existencia de un ser más allá del lenguaje. Su atención no se dirige tanto al criterio de verdad, es decir a la coincidencia entre lo que se cuenta y un referente real.

Lejeune establece la intencionalidad del autobiógrafo, *vis a vis* su lector que, como explica Eakin,<sup>5</sup> no es tanto brindar una imposible exactitud histórica como un esfuerzo de entender su propia vida. Consecuentemente, más interesado en la enunciación que en el enunciado, Lejeune se coloca en la perspectiva del acto autobiográfico como un acto de enunciación en el cual la coincidencia entre autor, narrador y protagonista se formula explícita y textualmente.

El desplazamiento de lo referencial, tradicionalmente visto fuera del texto, a lo propiamente textual, supone una corrección a la perspectiva positivista, atendida a la posible verificación de la semejanza entre lo "contado" y lo "vivido". Por ese camino, creo, la magnificación del *bios* y su tradicional función estético/ideológica que-

---

<sup>4</sup> Ver Philippe Lejeune, *L'autobiographie en France*, Colín, París, 1971 y Philippe Lejeune, *Le pacte autobiographique*, Seuil, París, 1975.

<sup>5</sup> Ver Paul John Eakin, "Introducción a Philippe Lejeune", *On Autobiography*, Univ. of Minnesota Press, Minneapolis, 1988, p. ix.

dan desplazadas. Al colocar la referencia no tanto en el pasado del sujeto como en el desarrollo, en el lenguaje, del acto autobiográfico en sí mismo, y concebir ese acto como un pacto con el lector, Lejeune construye una poética de la autobiografía orientada hacia la lectura, en tanto que escritura.

El modelo de Lejeune según el cual “llamamos autobiografía a la narración retrospectiva en prosa que alguien hace de su propia existencia cuando pone el acento principal en su vida, especialmente en la historia de su propia personalidad” (Lejeune, 1971:14), ha sido superado tanto por su trabajo posterior,<sup>6</sup> como por el de otros teóricos. Elizabeth Bruss, que se atiene a un modelo lingüístico, discute el concepto de pacto y construye su propio modelo de acuerdo con el criterio del acto literario (Bruss, 1994).

Lo que me parece más importante en Bruss es que establece una relación entre el carácter de la autobiografía como acto literario y la función que desempeña, así como con los usos a los cuales se asocia. Su crítica y superación del modelo de Lejeune conllevan la valoración de los diferentes contextos históricos que determinan el “pacto autobiográfico” y la discusión del “relato retrospectivo en prosa” como una propuesta arbitraria (aunque Bruss reconozca que el propio Lejeune no fue absoluto con esta definición). En nota al pie, al inicio de su texto (1/p. 14), Bruss explica la contribución de Lejeune y establece lo que los distancia, pero acepta que las diferencias entre lo que cada uno de ellos exige a la autobiografía ya estaba expresado por Lejeune cuando éste destacaba la necesidad de que la investigación sobre los contratos autor/lector tomara una dimensión histórica. Esa dimensión es la contribución de Bruss.

Como Lejeune, Bruss considera que el centro del acto autobiográfico es la identidad autor/narrador/personaje y la asunción del carácter verificable del asunto tratado por el texto. También orientada hacia la lectura, afirma que la atención del lector al método de composición y el proceso narrativo, la manera en que se ordena el texto, revelan la individualidad del autobiógrafo, sus hábitos estéticos y

---

<sup>6</sup> A partir de finales de la década del 70 y durante los 80, el trabajo de Lejeune evoluciona desde un cierto “formalismo idealista” hasta una posición más historicista. (ver Paul John Eakin, *op. cit.*, pp. XVII-XXVIII.)

epistemológicos. Esta perspectiva, desde la lectura, también condiciona en Bruss la definición de la autobiografía, de acuerdo con su función y las expectativas de recepción.

Al establecer una analogía entre el acto ilocutorio lingüístico y el género literario, al valorar a la literatura como una situación de lenguaje, Bruss argumenta (como J. Searle para el acto ilocutorio), que los géneros literarios suponen la existencia de ciertas instituciones humanas. De acuerdo con este razonamiento, no se puede definir la autobiografía *a priori*, pues ésta depende tanto de la actividad que rodea la práctica autobiográfica como de las características presentes en el texto.

La asociación entre estos elementos no es natural, sino convencional. La autobiografía, entonces, no existe fuera de las instituciones sociales y literarias que la crean y la sostienen, y sus reglas no son efecto del azar, sino que, como otros fenómenos culturales, están sujetas al cambio. De la misma manera que cambian las características textuales ligadas a una función genérica, también varía su valor artístico.

Mediante los ejemplos de la entrada tardía de la autobiografía en la "Historia de las Bellas Letras", como el de la inexistencia del género como tal en tiempos del Antiguo Testamento, en el que las experiencias del "yo" de los Salmos eran "más potenciales que históricas", Bruss explica los cambios en el género autobiográfico causados por alteraciones en las expectativas sobre lo que tanto autobiógrafo como público deben hacer con la información y características formales del texto.

De esta manera, para Bruss, la conclusión de que un texto es una autobiografía depende de exigencias "institucionalizadas", variables y por lo tanto no absolutas. De ahí su propuesta de que el valor de la autobiografía como género literario, es ser reflejo de distinciones convencionales que conciernen al contexto, la identidad del autor y la técnica, distinciones sometidas al cambio. De esta manera, según Bruss, el acto ilocutorio realizado por quien escribe una autobiografía, podría pasar de moda si algunas de aquellas distinciones que la definen actualmente —la identidad individual, por ejemplo— dejaran de ser pertinentes para una sociedad y su literatura.

La perspectiva de Bruss ayuda a entender la "historia" de la autobiografía, los vínculos de su génesis con ciertas expectativas sociales, su lento pero firme desplazamiento desde los márgenes de

la institución literaria hacia su centro, su actual protagonismo, la extensión de sus límites desde la autobiografía formal, de “grandes” personalidades, hasta las historias de vida y “narrativas personales”, de existencias “ordinarias”. La atomización del Sujeto Universal tenía que traer la democratización de una escritura, espacio tradicional de su reino.

Con la muerte del autor y el nacimiento del lector, con la crisis metafísica del Ser, la autobiografía puede ser considerada como un acto de lectura o de comprensión, susceptible de ocurrir con todos los textos, al mismo tiempo que resulta sospechosa en su pretensión de escribir la esencia del ser (Watson, 1993:62). En otro sentido, como afirma Folkenflik (p. 11), una etapa escéptica en cuanto a la Historia puede aún estar interesada en leer un relato en primera persona.

La crítica feminista, participante activa del debate teórico actual, ha asumido sus posiciones en relación con la autobiografía. Interesada en el destronamiento del ya famoso sujeto universal, supuestamente neutro pero en realidad occidental/blanco/masculino, discute el concepto humanista/liberal/positivista que asocia la autobiografía con la grandeza de una vida pública. Esta supone la exclusión de las mujeres, habitualmente separadas de lo público y cuyas existencias, cuando han participado de esa “grandeza”, han sido más excepcionales que representativas (Smith, 1987:8).

La importancia otorgada al *bios* por la crítica masculina —tradicional o actual—, o bien excluye la vida de las mujeres, al atenerse al modelo de los “grandes”, o bien se limita a la autobiografía de mujeres como una experiencia, como *bios*, nunca como *autós* o *grapho*. Corresponde entonces a la crítica feminista la reflexión sobre estos tres componentes de la escritura autobiográfica: construcción, referencia y textualidad. Tarea iniciada a finales de la década del 80 y aún en curso.

La discusión feminista con el *bios* lleva a la idea del autógrafo como construcción en la cual se resta el acento siempre otorgado a la narración de una vida y se debilita la habitual referencialidad (supuesta) de esa noción. El próximo paso ha sido proponer la idea de la autoginografía como escritura autobiográfica de las mujeres, que, para Domna C. Stanton, tiene un propósito terapéutico: constituir “el sujeto hembra” (1984:14).

Para Stanton (compiladora de una importante colección de ensayos alrededor de la idea de autógrafo, *The Female Autograph. Theory*

*and Practice of Autobiography from the Tenth to the Twentieth Century* [El autógrafo hembra. Teoría y práctica de la autobiografía del siglo X al XX, 1984], y del fundacional texto ahí incluido, "Autogynography: Is the Subject different?" [Autoginografía: ¿el sujeto es diferente?], —con cuyo título dialogo—, la narrativa autoginográfica está marcada por conflictos entre lo privado y lo público, lo personal y lo profesional. Partiendo de la concepción (lacaniana) sobre el estatus diferente de la mujer en el orden simbólico, la autoginografía, según Stanton, "dramatiza la alteridad fundamental y la no presencia del sujeto, incluso cuando se afirma discursivamente y se inclina hacia una posesión siempre imposible" (p. 15). La aproximación de Stanton al sujeto femenino se quiere textual, no referencial, por eso elimina *bios*, para substituirlo por *gyné*. En esa operación se corre el riesgo, como afirma Julia Watson, de eliminar la raza, la clase y otras categorías fundamentales, al punto de que ese reemplazo lo considera no tanto inadecuado como políticamente sospechoso (p. 71).

En la perspectiva de la alteridad, la misma Watson ha criticado la ausencia de autobiografías experimentales de mujeres o de autobiógrafos "no blancos", en el corpus de aquellos críticos que han pretendido revisar un modelo teórico (el primer Lejeune, por ejemplo), al tiempo que se basan en textos canónicos (pp. 57, 61). En los textos de las mujeres, la alteridad ha sido teorizada como la manera en que éstas delinear la identidad, de una manera relacional, a través de la conexión con el otro.

A diferencia de los grandes egos autobiográficos, como el de Rousseau —explica Mary Mason—, que ve a los otros como escenario para la autoexaltación dramática, en los textos de mujeres las otras voces son aspectos del "yo autobiográfico relacional" (Watson:69). Estas voces, en su criterio, no constituyen el reverso especular del drama roussonian del ser, sino una diferente valoración de las distintas voces de un yo proteico, potenciales en todas las autobiografías —incluyendo la de Rousseau—, pero desconfiadas, transformadas o suprimidas en muchas autobiografías de hombres que tienden hacia el ego unitario, como un ser con poder en el marco de la ideología dominante. También para Susan Friedman, se puede encontrar en ellas, "una conciencia del ser en la cual el sujeto (femenino) siente mucho la relación con otros en una existencia interdependiente" (Watson:70).

Hasta aquí, he resumido algunas de las propuestas fundamentales de la crítica feminista, alrededor de la idea de una alteridad esencial en la autobiografía de las mujeres, expresada en su relación con los otros y en la construcción de una identidad a la sombra del otro. La pregunta a formular en este punto no es nueva: ¿se trata del resultado de una socialización particular de la mujer, cuyos roles culturales suponen un vivir a través de y por los demás; de su particular desarrollo psicosexual; o de ambos?

Bajo el influjo de tesis psicoanalíticas, que diferencian la configuración de la identidad de la niña de la del niño (debido a la naturaleza de su vínculo pre-edípico con la madre y la inexistencia de la represión del deseo por ella), se afirma que la personalidad femenina está basada más en la retención y continuidad de relaciones con lo externo, y menos en la represión de objetos internos y escisiones del yo (Chodorow, 1978). De esa concepción se deriva la idea de que la escritura autobiográfica de la mujer se realiza en el contacto, en la relación. Idea confirmada en algunos estudios de textos autobiográficos de mujeres que permiten la hipótesis de un canon alternativo. En otros casos, siguiendo a las teóricas francesas, se parte de un modelo de escritura autobiográfica que responde a la "escritura femenina": plural, redundante, escritura fragmentaria, de rupturas.

Para esas propuestas hay respuestas de las críticas literarias feministas que intentan una reflexión teórica sobre este género (utilizo la palabra género en el doble sentido, sexual y literario, como lo hago en el título de este trabajo). Sidonie Smith argumenta, por ejemplo, que algunas mujeres han hecho una escritura autobiográfica lineal, atribuida por la crítica a los hombres, y que la fragmentación puede aparecer en cualquier texto como exigencia de la misma práctica autobiográfica (p. 17). Demasiado a menudo se opera con el esquema siguiente: si la autobiografía masculina es teleológica y lineal, la femenina es fragmentada y circular (Brée, 1986:224), a pesar de que hay ejemplos concretos que confirman lo contrario. De la misma manera que, como demuestra Julia Watson, algunos textos canónicos masculinos (por autoría y estrategia exaltadora de un ser unitario) tienen fisuras que atentan contra el canon (p. 62).

Incluso la escritura de la presencia autoritaria/masculina puede contener los elementos que perturban su unidad monolítica. En este punto, siguiendo a De Man, habría que aceptar que lo que está en discusión es la (im)posibilidad, demostrada por la autobiografía, de

cierre y totalización de los sistemas textuales hechos de sustituciones tropológicas (p. 71).

Pienso con Bruss que la autobiografía no se puede definir con un *a priori*. Pero se puede partir de algunas hipótesis: el género sexual implica una diferencia que se expresa en la escritura y ésta se conforma en una interrelación entre biografía psicosexual y biografía cultural. En un tipo de escritura como la autobiográfica, en la cual el sujeto está supuestamente más cercano —al menos de una manera explícita— a su personalidad o individualidad, parecería que se hacen más claras las maneras en que hombres y mujeres pueden diferir al estructurar sus relatos y “modelar” sus experiencias. Como apunta Bruss, el método de composición y el proceso narrativo, la manera en que se ordena el texto autobiográfico, son indicadores de hábitos estéticos y epistemológicos que —yo añadiría— no constituyen una esencia, sino variables del ser.

Bruss reclama para el acto (illocutivo) autobiográfico la existencia de convenciones (e instituciones) de las cuales depende su función en un momento y espacio determinados. Las expectativas de la recepción también desempeñan un papel, ya explorado por Lejeune, en la cadena de complicidad escritura/lectura. La propia evolución de la autobiografía, la ampliación de sus fronteras, tanto a variantes de la textualidad que rebasan la autobiografía formal, para incluir espacios tradicionales (cartas, diarios, cuadernos personales), como a los más actuales (historias de vida, relatos etnográficos o memorias de prisión), indican la existencia de una producción textual, determinada por convenciones, que va más allá de la expectativa del simple relato retrospectivo de uno mismo.

La importancia de la marca cultural sobre el género (en ambos sentidos) y lo determinante de las instituciones son asunto del texto de Linda Peterson, “Institutionalizing Women’s Autobiography: Nineteenth-Century Editors and the Shaping of an Autobiographical Tradition”.<sup>7</sup> Se trata de un análisis explícitamente destinado a cuestionar dos de los criterios consensuales de la crítica feminista sobre la autobiografía de mujeres: el desinterés de

---

<sup>7</sup> El ensayo de Peterson aparece en *The culture of Autobiography. Constructions of Self-Representation*, *op. cit.*, pp. 80-103.

la crítica masculina y la existencia de un género o subgénero diferente a la autobiografía masculina.

Para discutirlos, utilizo el ejemplo de la labor de los anticuarios, editores y críticos victorianos que hacen publicar numerosas autobiografías de autoría femenina. Según Peterson, esta acción cultural estaba motivada por el interés de aportar elementos a la discusión sobre el emergente y nuevo género literario, además de que estos textos contenían valor histórico e “información social y familiar” (p. 82). Hasta este punto, tal parece que el interés (inocente) de los victorianos era promover hallazgos que se integrarían al nuevo canon por su valor informativo.

Pero más adelante, la misma Peterson demuestra cómo esas autobiografías vehiculaban el modelo del “domestic memoir” (memoria doméstica), relato de una experiencia “relacional”. Con estos argumentos quiere cuestionar los dos criterios de la crítica feminista actual, anteriormente expuestos. O sea, los hombres *sí* se han ocupado de la escritura autobiográfica de las mujeres, y son ellos los que establecen la tradición o el canon de la autobiografía femenina de carácter relacional: la tradición (diferente) no se encuentra, se construye. Pero Peterson reconoce que en efecto, los editores encontraron (y promovieron) textos que se articulaban a través de las relaciones con padres, madres, hijos y esposos. Asimismo, hace entrar en su análisis los criterios de Nancy Chodorow sobre la psicología relacional de la mujer.

Creo que su argumentación es oscilante. En primer lugar, la crítica feminista no ha sido absoluta; ha precisado que cuando la tradición masculina, canonizadora, *sí* se ha ocupado de la escritura autobiográfica de las mujeres, lo ha hecho para priorizar el *bios*, ignorando cuestiones más complejas: *autós* y *grapho* de la mujer o el problema de su lectura (Smith:7). No otra cosa hacen los editores victorianos. En segundo, la institución establece el modelo de la “memoria doméstica”, porque aparece en los textos de las mujeres y son éstos los que hace circular e institucionalizar.

Peterson da ejemplos de autobiografías transgresoras, *malgré elles* (la experiencia de una esposa infiel o de una actriz travestí), publicadas, a veces con una conveniente *addenda* de sus editores, a principios el siglo XIX, como ejemplos moralizantes de lo que una mujer no debe ser o hacer. Con estos ejemplos se hace claro que la

transgresión es resultado precisamente del conflicto entre una sexualidad socializada en cierta dirección y el deseo —no tan subliminal— de escapar al guión previsto.

Con la antología cuáquera de textos autobiográficos de hombres y mujeres, la serie *The Friend's Library* (1837-1850), Peterson refuta la idea de una diferente forma de relato autobiográfico escrito por mujeres. Comenta el texto de una cuáquera del siglo XVII que sigue el esquema agustino de encuentro y lucha de fuerzas opuestas, el Pecado y la Iluminación, apología de la definición del ser. Añade que los cuáqueros, hombres y mujeres, que escribieron sus autobiografías espirituales, siguieron los modelos literarios de anteriores relatos, marcados por el lenguaje de las Escrituras.

A la par que insiste en que no hay diferencias textuales a pesar de lo(a)s autore(a)s, Peterson va dando razones que justifican esa ausencia de diferencia, esa homogeneidad. Alude a la intervención de los editores (también cuáqueros) que podaron y retocaron —a mi juicio, participantes activos, mediadores entre escritura y la recepción. ¿Cómo entonces poner como ejemplo los ocho textos de mujeres en dicha antología, y decir que se sienten “cómodos” dentro de lo que hoy se denomina “forma masculina” (p. 85)?

En los argumentos de Peterson están los (contra)argumentos. Y al mismo tiempo, la ilustración de cómo los modelos textuales y expectativas de recepción pueden “homogeneizar” los discursos o bien, hacerlos responder a las convenciones. Aceptado esto, ¿cómo encontrar entonces la diferencia de género en esos marcos, si el modelo cuáquero era el mismo para hombres y para mujeres?

Sus vaivenes evidencian las dificultades que la crítica feminista ha encontrado para definir la creatividad artística de las mujeres, no sólo en la escritura autobiográfica. Como ocurre con Peterson, el análisis actual hace coexistir la crítica psicoanalítica con la cultural, sin que sean éstas del todo excluyentes. Volviendo a sus ejemplos, la escritura de las mujeres, ¿sería la respuesta a una convención establecida por los hombres, a los guiones que éstos conciben para ellas? ¿Con qué y desde dónde se escribe? ¿Con y desde un perfil psicosexual, socializado por la cultura?

Quizás estas preguntas se hacen más urgentes en una producción textual en la cual el sujeto está más expuesto, al no existir las mediaciones explícitas y aceptadas de la ficción.<sup>8</sup> La reticencia de la crítica feminista frente a la metafísica del Sujeto —punto convergen-

te con los postestructuralistas— encuentra en la producción autobiográfica el mejor ejemplo de esa construcción. Esta crítica pretende demostrar cómo ese Sujeto tiene género, pero con su afirmación del silenciado sujeto femenino corre el riesgo de caer en el tipo de esencialismo que la metafísica de la presencia construyó.

Habría que preguntarse (dialogando con Peterson) si el modelo de la escritura del sujeto mujer, relato de la vida privada, “conectada” con los otros, partió, ciertamente, de una experiencia vivida, pero se institucionalizó como “lo femenino” por la conveniencia de la institución más que masculina, patriarcal, que perseguía la reafirmación de ese modelo y estatus. A los efectos del estudio de textos autobiográficos escritos por mujeres habría que considerar la circulación de los modelos, las expectativas de recepción —variables según las épocas— y asumir la postura metodológica que maneja con prudencia cualquier *a priori* esencialista y normativo del tipo: la escritura masculina es lineal y la femenina circular.

Tal tipología puede, en efecto, aparecer en los textos, pero lo importante sería, quizás, indagar las condiciones para su aparición, y la perspectiva de la relación acto autobiográfico/instituciones; y luego, buscar las posibles fisuras o intersticios donde el propio texto produce y (re)produce su alteridad. Como ha demostrado la crítica feminista, la escritura masculina también puede contener la subversión de paradigmas. Habría que ver, igualmente, cómo hombres y mujeres se relacionan e interrelacionan en una dinámica de poder (canon, autoridad, instituciones, mercado) que incluye, sí, la construcción de la sexualidad, pero también su manera de socializarse y socializar.

---

<sup>8</sup> Hago esta precisión porque pienso que la autobiografía no está exenta de ciertas dosis, no declarada, de ficcionalización de la experiencia vivida. No concuerdo en esto con De Man, para quien, los fantasmas y sueños del autor/narrador/protagonista son desviaciones de la realidad, que permanecen ancladas en el sujeto. Ese sujeto, a mi juicio, modela su experiencia, se autoconstruye y en esa construcción entra la ficción de esos fantasmas y sueños de los cuales habla De Man (p. 68).

---

**Bibliografía**

- Brée, Germaine, "Autogynography", *The Southern Review*, Louisiana State University, vol. 22, abril 1986, pp. 223-230.
- Bruss, Elizabeth, "L'autobiographie considérée comme acte littéraire", *Poétique*, núm. 17, 1974, pp. 14-26.
- Chodorow, Nancy, *The Reproduction of Mothering: Psychoanalysis and the Sociology of Gender*, Univ. of California Press, Berkeley, 1978.
- De Man, Paul, "Autobiography as De-facement", en *The Rhetoric of Romanticism*, Columbia University Press, Nueva York, 1984, pp. 67-81.
- Eakin, Paul John, "Introducción a Philippe Lejeune", *On Autobiography*, of Minnesota Press, Minneapolis, 1989, pp. VII-XXVIII.
- Folkenflik, Robert, Introducción "The Institution of Autobiography", en *The Culture of Autobiography. Constructions of Self-Representation*, Stanford Univ. Press, Stanford, 1993, pp. 1-20.
- Lejeune, Philippe, *L'autobiographie en France*, Colin, París, 1971.
- Lejeune, Philippe, *Le pacte autobiographique*, Seuil, París, 1975.
- Peterson, Linda, "Institutionalizing Women's Autobiography: Nineteenth Century Editors and the Shaping of an Autobiographical Tradition", en *The Culture of Autobiography. Constructions of Self-Representation*, Stanford Univ. Press, Stanford, 1993, pp. 80-103.
- Smith, Sidonie, *A Poetics of Women's Autobiography. Marginality and the Fiction of Self-Representation*, Indiana University Press, Bloomington, 1987.
- Stanton, Domna, "Autogynography, is the Subject Different?", en *Theory and Practice of Autobiography from the tenth to the Twentieth Century*, (ed. D. Stanton), The Univ. of Chicago Press, 1984, pp. 3-20.
- Watson, Julia, "Toward an Anti-Metaphysics of Autobiography", *The Culture of Autobiography*, op. cit., pp. 57-79.